

San José de 1880 a 1920

La ciudad de muchos rostros

CLOTILDE MARIA OBREGON

Las dos últimas décadas del siglo XIX, y las dos primeras del XX, fueron de mucho cambio y gran actividad política en la ciudad de San José.

Fue la llamada época liberal de Costa Rica, de un liberalismo muy diferente al que tuvo el país desde su independencia, de efervescencia política y de poco respeto por las opiniones diferentes.

Los corrillos josefinos tuvieron cien temas de discusión: la organización de partidos políticos; el cierre del Congreso; el irrespeto al proceso electoral, al poner en prisión a los electores del Partido Unión Católica en 1890, o a los candidatos no oficiales a la Presidencia en 1906; los actos de un mandatario que entregó los cuarteles antes de que el Parlamento decidiera la elección presidencial; de un diputado que llegó a la Presidencia sin ser candidato; de un Ministro que dio un golpe de estado.

Hubo también manifestaciones de protesta, duelos entre personajes y revoluciones, y dos veces se movilizó el ejército por problemas con Centroamérica (1885 y 1898).

En los periódicos y las tertulias, los josefinos discutieron el proyecto para hacer el sistema electoral directo, los programas de los partidos y las promesas de los candidatos. Con tanta acción se acostumbraron a defenderse de la policía, que con la cincha desenfundada atacaba a los ciudadanos, quienes en las esquinas avivaban a los candidatos que no tenían el beneplácito oficial.

También fue una época de cambios económicos, se estableció el Patrón Oro, surgieron nuevos bancos y, en la costa atlántica, la economía bananera, por lo que de ahí en adelante los contratos bananeros fueron tema de discusión.

A partir del decenio del ochenta se crearon la Biblioteca Nacional, el Museo y el Instituto Físico-Geográfico. Con la Reforma Educativa se edifican escuelas y colegios, se publican las primeras geografías y las historias de Costa Rica que sustituyeron a la de Molina.

La capital se agranda

Hacia el oeste, en la Calle de la Sabana (Paseo Colón) se edificó un bellissimo edificio con amplios jardines, fuentes y grandes verjas, que se destinó a atender a los enfermos mentales: el asilo Chapuí. Asimismo, se construyeron hermosas residencias a ambos lados de la calle.

Hacia el norte, se urbanizaron los terrenos cercanos al río Torres, y surgió el Barrio Amón, y en la colina fue edificada la Penitenciaría y el Cuartel Principal, pues el antiguo fue convertido en la escuela Juan Rafael Mora (1914).

Al noreste de la ciudad emergió el Edificio Metálico (1897), importado de Bélgica, que ganó un premio en la Exposición Universal (escuelas Julia Lang y Buenaventura Corrales). En esa misma zona, después del terremoto de Cartago, se levantó el Edificio de la Corte de Justicia Centroamericana (Cancillería).

Hacia el este, al final de la Cuesta de Núñez, se levantaron el Colegio de Sión y el edificio de la estación al Atlántico, que dio el nombre a la plaza que quedaba al frente. Al final de Cuesta de Moras, don Mauro Fernández construyó su solariega casa: La Buena Vista, la que a su muerte fue adquirida por el Estado para construir el Cuartel Bella Vista. Al costado norte de La Buena Vista, don Máximo Fernández edificó su lujosa residencia, llamada el Castillo Azul, que fue la casa presidencial en



A principios del siglo XX, fue construido el edificio de la terminal josefina del ferrocarril al Atlántico, hoy declarado patrimonio histórico.

tiempos de González Flores, Tinoco, Quirós y Aguilar Barquero.

En el centro de la ciudad se levantó el majestuoso edificio del Teatro Nacional, inaugurado en 1897. Asimismo, se modificó la Catedral (1885) rodeándola de una gradería, por lo que hubo que rellenar todo el perímetro de la iglesia, las paredes se hicieron más altas, se cambió la fachada y al costado sur se construyó el Palacio Episcopal (1887). Hacia el oeste se erigió la iglesia de La Merced, con una arquitectura un poco gótica, muy diferente a la de la primera, destruida por el terremoto de 1888. También se edificó el Colegio Superior de Señoritas y en 1907 se inauguró el hermoso edificio de la Biblioteca Nacional (avenida 1 y calle 3).

Los parques

La Plaza Central rodeada de higuerones se convirtió en parque a partir del decenio del ochenta. El Parque Central tuvo una verja con cuatro hermosas puertas en las esquinas, en el centro estaba la fuente, que había sido colocada por el Dr. Castro en 1868 con motivo de la inauguración de la cañería josefina, y a la par el quiosco donde la banda militar tocaba y amenizaba las retretas.

Frente al Teatro Nacional se hizo una plaza y tres cuadras al norte se formó el Parque Morazán, en cuyo centro se levantó un monumento a don Próspero Fernández. Hacia el este, la calle de la estación llegaba a la plaza, donde don Rafael Iglesias inauguró en 1895 el Monumento Nacional que dio el nombre al nuevo parque: Parque Nacional. La Plaza de la Fábrica, donde se celebraban las fiestas cívicas, fue convertida en el Parque de la Concordia, que luego la administración Acosta convirtió en Parque España. En las riberas del río Torres se estableció el parque Simón Bolívar.

Hacia el oeste, en la década del diez, se derribó el Mesón que existía frente a la iglesia de La Merced y se creó el Parque Carrillo, y al fondo de La Sabana, niños de las escuelas josefinas sembraron cada uno un árbol en los terrenos destinados para bosque desde el noventa y surgió así el Bosque de los Niños.

San José se moderniza

En 1884, los señores Dengo y Batres, que vieron la importancia que tendría la energía eléctrica, construyeron la primera planta hidroeléctrica y así la capital se convirtió en la segunda ciudad de América, después de Boston, en tener electricidad. Dio inicio el proceso de iluminar calles, edificios públicos y casas y de establecer un rápido transporte con electricidad: el tranvía. Sus líneas cruzaron la ciudad, una desde el fondo de La Sabana hasta el cruce de la calle de San Pedro hacia Lourdes, a través del Paseo Colón, la avenida central y la calle de San Pedro, y otra por la calle central, desde la estación al Pacífico hasta Guadalupe. Un ramal doblaba de la avenida central hacia el sur, por la calle 9, hasta plaza González Víquez.

Mientras el tranvía agilizó el transporte dentro de la ciudad, el ferrocarril al Atlántico unió San José con el mar Caribe y comunicó, a partir de Alajuela, el Valle Central con Limón; por último, la inauguración del ferrocarril al Pacífico, en 1909, convirtió a San José en el centro de la vía interoceánica.

En 1886 se instalaron los primeros teléfonos en la capital y ya en 1918 San José contaba con 730 aparatos, y era la octava entre las ciudades importantes de América en telefonía.

A finales de la década del diez apareció el primer automóvil.

Fisonomía de la ciudad

Desde el punto de vista arquitectónico, el centro de la ciudad era bastante uniforme. Se construyeron edificios, como el Knohr, la Alhambra, y surgieron florecientes negocios: librerías y bancos, joyerías, ferreterías y fotos, pues la fotografía se popularizó.

También tuvo nuevos habitantes: chinos, que fueron los dueños de la mayoría de las lavanderías; italianos, que junto a los nuevos emigrantes españoles y libaneses establecieron sodas, negocios de abarrotes, zapaterías, tiendas, sastrerías y fábricas de fideos.

La vida apacible de los habitantes de la ciudad, que acostumbraban dejar las puertas y ventanas de sus casas abiertas, visitarse al caer la tarde y dormirse con la seguridad de que el Ronda velaba por ellos, estuvo matizada por los festejos con que se recibió el siglo XX, el Congreso Eucarístico, los bailes y la presentación de compañías en el Teatro Nacional, por la crisis económica que provocó la 1ª Guerra Mundial y las revoluciones.

Asimismo, la época se caracterizó por los majestuosos funerales de los presidentes: Guardia (1882) y Fernández (1885); de los obispos Thiel (1901) y Stork (1920); del ex presidente Castro (1892); del obispo electo Dr. Ulloa (1903); el de don Mauro Fernández (1905) y de los generales Romain (1917) y Tinoco (1919).

Los funerales

Los funerales del presidente Tomás Guardia fueron imponentes; el cadáver fue transportado, desde Alajuela, por tren a la capital y colocado en capilla ardiente en la Catedral. En la ceremonia, una gran banda emocionó a la multitud al ejecutar, por primera vez, el Duelo de la Patria, compuesto para la ocasión por el maestro Rafael Chaves. Tres años después una ceremonia similar se efectuó para el presidente don Próspero Fernández y, como era general, sus exequias, como las que luego se efectuarán para los generales Aristides Romain y Joaquín Tinoco, eran a la usanza militar.

Un batallón desfiló con las armas en el funeral y al bajar el féretro por las gradas de la Catedral se oyeron las salvas, y tronaron los cañones cuando fue inhumado en el Cementerio General. El ataúd se llevó en una cureña, sobre él fueron puestos el quepis y la espada del general; un palafrenero guió su caballo, que llevaba, en el arzón de la silla de montar, sus botas puestas al revés.

En el entierro del general Tinoco una multitud, impresionada por su asesinato, por la revolución, por la noticia de que el Presidente abandonaría el país y por la ceremonia, fue la silenciosa espectadora de un acto que no se repetiría en la historia de la ciudad de San José.